

La Pira de Denethor: el musical

Santiago Álvarez Muñoz «Narnaron Lassedhel»

Nota:

En la contraportada de este número se pueden ver algunos de los maravillosos dibujos de Luis Gans «Leon Serval Altobosque» hechos expresamente para el musical, así como una foto de grupo.

Termino de meter la última maleta de cables en el coche, enciendo el motor y me alejo de la Sala Carolina, rumbo a casa: el musical «La Pira de Denethor» ha terminado. Atrás quedan meses de composición, escritura, grabación, ensayos, de un sueño conjunto del smial de Edhellond, que nos ha llevado a un lugar del que no queríamos irnos. Pero el día siguiente es lunes, y la vida continúa.

Me resulta difícil hablar de este asunto sin resultar un poco vanidoso; autoindulgente, autobombista, si ustedes me entienden. Pero espero que parte de esta egoísta satisfacción se me perdone por el fin mayor que ha representado todo el proyecto. Por orden de importancia decreciente sería: ayudar económicamente a una ONG que trabaja con orfanatos en Haití, unir en los medios de comunicación el nombre de la STE con actuaciones benéficas, el sueño que representa para el smial subirse a un escenario profesional por un día y sentirse verdaderos artistas, y la satisfacción personal que antes insinuaba de conseguir

que un proyecto de estas características vea la luz, y que otros puedan disfrutarlo.

Trataré de contarlo de la mejor manera posible, si es que aguantan los lectores hasta el final. Todo empezó una mañana de domingo, paseando por los jardines del antiguo cauce del Turia, en Valencia. No recuerdo los detalles, pero debía ser septiembre de 2009. Miriam y yo paseábamos con Grendel, nuestro perro, cuando ella comentó lo interesante que sería cruzar la historia de Denethor con la ópera rock *The Wall* de Pink Floyd. Habíamos visto la película musical quizás la noche





anterior, y la experiencia no se nos iba de la cabeza. Por supuesto, al principio me negué en redondo a la idea de considerar un nuevo musical de Edhellond para representarlo en una EstelCon. Demasiadas veces había recurrido al sobado adagio: «Este es el último musical». Era demasiado esfuerzo, demasiada dedicación, para una obra que vivía sólo durante algo más de una hora sobre el escenario, y que después se tumbaba en el cementerio de los recuerdos.

Sin embargo, al cabo de unos días, la idea continuaba en mi cabeza, y era difícil ignorarla. Recuerdo que lo razoné de modo muy lógico. Primero fue, «no lo haré, bajo ningún concepto, pero la idea es tan buena...». Luego era un plan: «de acuerdo, pero nada de grabar un disco, que es lo que más tiempo consume.

Haremos que casi todo sea música de fondo, no habrá diálogos, sólo actores que se moverán con la música. Sólo hay que componer las letras y *samplear* las bases rítmicas, está chupado». La cuestión es que entonces me lo creía así...

Por supuesto, al final no fue como lo había planeado. Empecé seleccionando las canciones. *The Wall* es un disco de 26 temas y casi 90 minutos, así que había que escoger. Después de no pocos quebraderos de cabeza, me quedé con doce canciones, con las que se podía montar (respetando el orden cronológico del álbum original, faltaría más) una historia suficientemente intensa y extensa para plasmar la caída en desgracia y posterior locura del último Senescal de Gondor.

Las letras de las canciones las hice como siempre: escucho las canciones en bucle infinito durante días, hasta que se va abriendo paso una idea (normalmente en el estribillo) relacionada con la letra original, que encaje en el momento de la historia en el que está asignado. Esto llevó bastante tiempo.

La redacción del texto dramático es lo que suele resultarme más sencillo. No empiezo a escribirlo hasta que ya he grabado las bases de varias canciones y tengo todas las letras corregidas, y a partir de ahí los diálogos fluyen de la parte musical, que ya se ha ido perfilando en los últimos meses. Las escribo escena a escena, a veces salteadas, y a veces sólo un poco antes de que empiecen los ensayos. O peor: cuando empezamos a ensayar algunas escenas, todavía había otras en proceso!

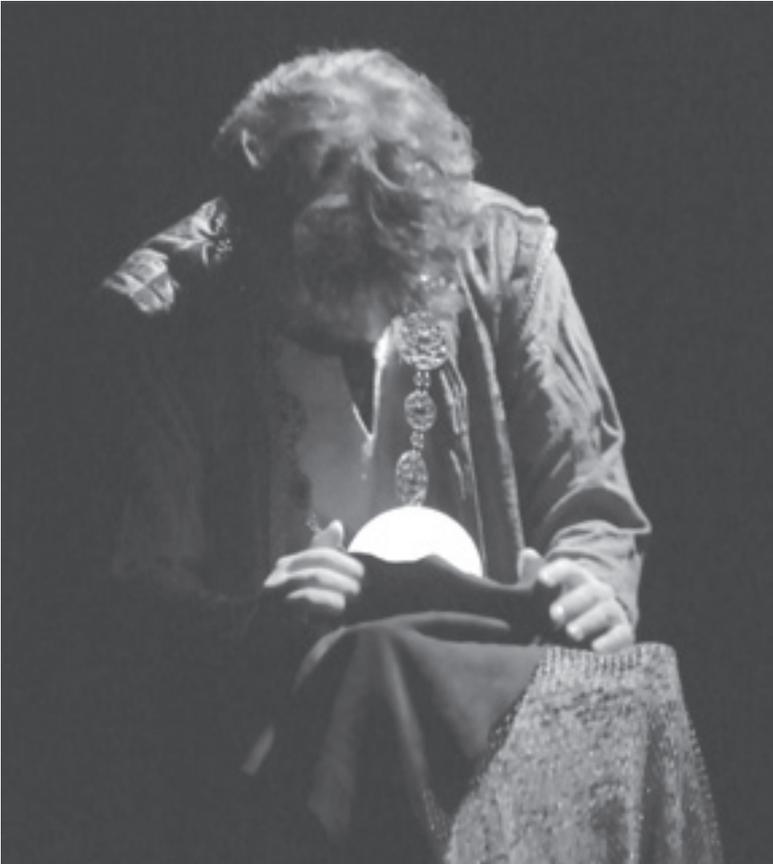
Todo esto, que parece corto sobre el papel: escribir las letras de las canciones y grabar las pistas de cada uno de los temas, realizar la mezcla de audio, llevó casi el año entero, a razón de un mínimo de diez horas de trabajo semanales, de madrugada, por la noche, en fin de semana, en pequeños islotes de tiempo libre que conseguía arrebatar a la rutina diaria. Escribir el libreto, sin embargo, me llevó sólo un par de semanas, en paralelo con otros trabajos. Vista esta exigencia, es fácil entender que no se le puede pedir la misma dedicación al resto de implicados en esta producción. Sin embargo, en esta ocasión tuve grandes escuderos durante todo el proceso, de los que quiero destacar especialmente a Luis Gans, amigo, compañero de

smial, excelso dibujante y gran admirador de la obra de Pink Floyd. De su lápiz brotaron casi doscientos dibujos, que dieron vida a una representación en directo que nadie hubiera imaginado. Nuestra idea inicial era proyectar imágenes estáticas mientras se representaban las canciones, pero el entusiasmo y entrega de Luis hizo que se convirtieran en verdaderas animaciones, al más puro estilo de la película, que hizo del show algo único.

En la parte musical jugué unos cuantos ases: Adela «Morwen», que me ayudaría con los coros e interpretando a algunos personajes de la obra; Álex «Maglor», que escribió de cero el complicado arreglo instrumental del juicio

que cierra la obra, y que coeditó los videos musicales; y el grupo celta Innerlands, ya casi viejos conocidos de la Sociedad Tolkien, que prestaron sus instrumentos tanto en el disco como en el directo. Marcos y su violín sobre todo fueron de mucha ayuda en el directo, ya que es un perfecto conocedor de la obra, y añadió ciertos matices y mucha profesionalidad al montaje. Todos estos añadidos arrojaron el montaje escénico, que pesa, y demasiado, descansando en unos pocos hombros. Al fin el disco estuvo terminado. Ahorraré aquí las semanas de mezclas y de miles de ediciones de audio, que no son interesantes salvo para aquellos interesados en cuestiones técnicas.

Así que alcanzamos el momento que habitualmente más disfruto de nuestros montajes: los ensayos. Veinte personas sobre el escenario y tres o cuatro al otro lado de él en cuestiones técnicas (sonido, iluminación, vestuario, maquillaje, etc). Imposible hablar de todos ellos, pero debo destacar al menos el trabajo de los dos protagonistas: Josele «Isengar Tuk» como Denethor, y Paco «Lórinlor» como la Locura que lo atormenta. Gran interpretación de ambos, que se comen el escenario a dentelladas, dejando un piso astillado y quebradizo; lo que necesitábamos. Asimismo, es imposible dejar pasar por alto la ilusión de todo el reparto, tantas personas renunciando a su tiempo libre una tarde a la semana, implicadas en un proyecto que cuando nació no era suyo, pero que acaba asimilando al grupo, transformándose con una sinergia siempre positiva.

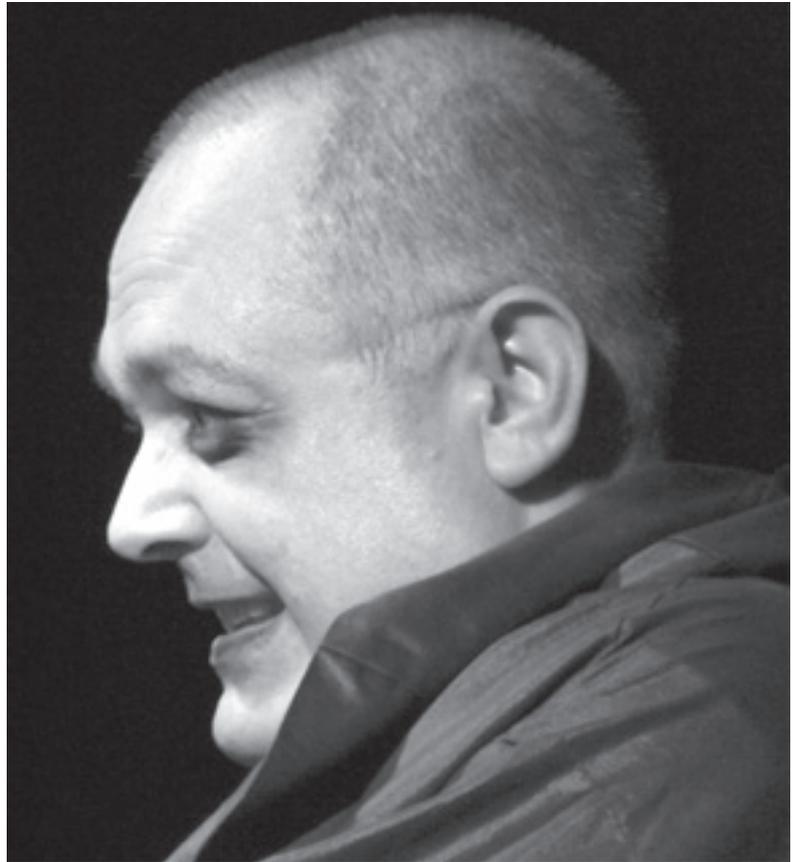


Decía al principio que lo más duro de estos espectáculos es que tienen una vida muy corta: por eso pensamos hacer un ensayo general con público, una semana antes de la EstelCon. Acudieron unas sesenta personas y recuerdo el nerviosismo de todos en el salón de actos del Colegio Dominicos. No era nuestro público y era posible que no comprendieran la historia. Pero cuando salimos a saludar al final y vimos sus caras, comprendimos que no teníamos motivos para dudar del show. Estábamos preparados para Benagéber.

Como en este número de la revista *Estel* ya se incluye una crónica de la EstelCon, no es necesario comentar mucho sobre la representación en nuestra convención anual. Sentir esa acogida por parte de los nuestros es una experiencia que sólo aquellos que representan actividades en la STE pueden entender. Pero lo vivimos un poco diluido entre todas las emociones que nos deparaba el evento que organizábamos; estábamos un tanto ocupados, si se permite el torpe eufemismo.

Tras la EstelCon parecía haber terminado todo, y era lo normal. En Edhellond necesitábamos un descanso tras el descomunal esfuerzo organizativo de esos cuatro días en Benagéber (superior a cualquier musical imaginable). Pero algo extraño sucedió, y la corta vida de este musical conoció una segunda juventud.

Recuerdo que la cosa había empezado unas semanas antes de la EstelCon, mientras hablaba por teléfono con mi madre. Sí, sí, habéis leído



bien. Ella está, por supuesto, al tanto de nuestras andanzas artísticas, y sabe el esfuerzo que se derrama en ellas. Así que un día me dijo: «¿Por qué no cobras entrada para los musicales esos que hacéis?» Me reí, por supuesto, le dije que no podía ser, que ya se pagaba un dinero por acudir a las convenciones y además (y aquí se ve mi poco futuro empresarial) le dije: «¿para qué quiero yo ese dinero?». Después de pensarlo un poco y regresar de Benagéber, di con una respuesta: organizar un evento benéfico. Conocía de unos talleres literarios a Antonio Penadés, escritor valenciano que lleva junto con su esposa una ONG en la ciudad, y tal vez pudiéramos colaborar con él.

Empezó entonces la organización del evento: buscar una sala que pudiera alojar la representación, superar escollos legales de derechos y promocionar el evento para que la asistencia de público fuera cuando menos digna. Llamadas telefónicas. Decenas y decenas de ellas: con los actores, con los músicos, con los enlaces técnicos, con la sala, con posibles asistentes, con la ONG, con nuestros «consultores legales»... Es difícil hacerse una idea de la agitación que supuso todo ello, y más cuando la fecha que nos propusieron en la Sala Carolina para la representación era una semana después de la vuelta de las vacaciones de Navidad, con la consiguiente dificultad para la promoción y organización del evento.



Tuvimos que plantearnos la viabilidad del proyecto. El alquiler de la sala era una cantidad nada desdeñable y se nos planteaban dos alternativas: podíamos asegurar el pago yendo a porcentaje de taquilla con el dueño, lo cual reduciría nuestras posibles ganancias (en realidad destinadas para la ONG). La segunda opción suponía pagar un alquiler fijo y arriesgarse a que no viniera mucha gente, aunque en el caso de llenar era la manera de conseguir un donativo mayor. Tras no pocos debates, optamos por esta última opción. Seguro que fracasó al tratar de transmitir el estrés que significaron esas fechas: la venta de entradas, con una hoja de cálculo que echaba humo (y también el teléfono) y donde recurrimos a todas las formas de persuasión que conocíamos, en cualquier medio. Fruto

de estos desvelos, en los días previos a la representación la STE estuvo presente de forma significativa en la prensa local (una página entera en el diario Las Provincias) y en la radio (sendas entrevistas en Radio Nou y en la Cadena SER).

Al fin amaneció el día de la representación, que para los más madrugadores empezó a

las 11h, cuando trasladamos a la Sala Carolina los medios técnicos de que disponíamos, que montamos y probamos durante horas, con más o menos nervios (tuvimos problemas técnicos treinta minutos antes de empezar). Después de comer llegaron los actores, y ya se respiraba una energía única en la sala, en la que hicimos varios kilómetros recorriendo pasillos, escaleras y camerinos. Justo antes de empezar tuvimos la inesperada visita de las cámaras de Canal Nou, que cubrieron el evento para el telediario de la tarde, lo que acabó de ponernos nerviosos, si es que más era posible.

La gente entraba en la sala, y al asomarnos comprobamos que salvo algunos asientos libres por enfermedad (hasta los traicioneros resfriados nos pusieron a prueba), las 215 localidades de la Sala Carolina se habían llenado. Eso, creo, ayudó a relajarnos un poco. Antes de empezar, Antonio Penadés y Reyes Aragón se subieron al escenario para contarnos algo sobre la ONG a la que iba destinada la recaudación, mostrándonos unas fotografías de la realidad cotidiana de los orfanatos haitianos. Algo mucho más crudo y demoledor que la



historia que teníamos que representar a continuación.

Entonces la luz se apagó, y con la primera e inquietante nota de «Echoes» una multitud silenciosa y fantástica de figuras que caminaban en la oscuridad con Denethor al frente, los participantes del musical, rodearon al público que contemplaba con respetuoso silencio el ingreso de los actores y músicos en las tablas del escenario...

El sonido de una aguja posada sobre un viejo vinilo araña la sala mientras se desgranán los títulos de crédito en la proyección, y con el primer acorde de «In The Flesh», el fuego, los focos y los instrumentos estallan sobre las butacas, dando la entrada a la terrible pesadilla del último Senescal de Gondor. El fuego se despeja, y vemos al Senescal, que turbiamente bracea en el humo para encontrar a Finduilas, la mujer que ama, y a la negrura de su mente que crecerá hasta volverle loco. Lo que se desarrolla en el resto de la obra es la sucesión de escenas que le han llevado hasta ese momento, y que tratará esta vez de reparar. Durante «The Thin Ice», el Senescal canta junto a Finduilas a un jovencísimo Boromir que sostiene en brazos, y al que advierte de los futuros peligros de un mundo demasiado frágil. Transcurre la primera parte de «Another Brick In The Wall», mientras Denethor encaja en silencio el fallecimiento de su esposa, asumiendo que ella abandonó por él las estancias en las que tan sana creciera. Debe dar la noticia a los niños, y cuidar de ellos. Así lo hace, hasta que uno llega a ser su mayor capitán y el otro el sospechoso seguidor del

mago Gandalf, que desperdicia sus fuerzas en palabras y consejos. «Tu decisión está tomada», le dice la Locura a Denethor, así que éste envía a Boromir a Rivendel, en contra de la desesperada resistencia de Faramir. «The Happiest Days Of Our Lives» y la celeberrima segunda parte de «Another Brick...» nos llevan a la Guerra contra Mordor, y desfilan los orgullosos gondorianos, tienen lugar los reclutamientos para completar la milicia. Las risas se resquebrajan y en su lugar queda la tensión y el orgullo de pertenecer a este bando. Tras el estribillo que jalean todos y el clásico solo de guitarra llegamos al final del primer acto.



Cuando el telón se levanta las cosas han cambiado. El hallazgo del cuerno partido de Boromir ha quebrado algo dentro del Senescal, y sus sirvientes contemplan cómo le abandona la cordura, mientras su antagonista le susurra al oído, invisible para el resto, y en «One Of My Turns» cae preso de ataques de melancolía o de rabia, que se alternan sin razón aparente. Ahora las voces se hacen más fuertes y

recurre de nuevo a la Palantír. En la tercera parte de «Another Brick...» las voces del Enemigo en la esfera de cristal pueden ser oídas ya por el público, antes de que el Senescal se resista por última vez y golpee en vano esa tenebrosa ventana a la desesperación. Faramir acude a ver su padre, decidido a combatir al Enemigo hasta el fin, pero la Locura susurra esta vez: «que lo haga...» y Denethor obedece de nuevo a la oscuridad, mandando a su último hijo a una muerte segura. Se sucede «Is There Anybody Out There?», y en el abismo interior del Senescal avanzan inalcanzables los muertos de Denethor, su mujer y sus dos hijos, que pasan a su

lado sin conocerle. Caen sobre la bola visionaria de nuevo, y la voz de Sauron le mece y le acuna, y se alza «Comfortably Numb», y en ella Denethor no es más que un dramático títere que cuelga de finos hilos que muerden sus brazos y su alma. Tras el clímax del acorde final cae, loco, y ya jamás podrá levantarse. En la metafórica camisa de fuerza que brota de su imaginación desatada concluye el segundo acto.

Sin apenas tiempo para recuperar aliento, el telón se alza por última vez, y contemplamos el ejército de Mordor, que finalmente lame los muros blancos de Minas Tirith. Amenazan a los ciudadanos, les lanzan mensajes de desesperación, mientras en los últimos niveles Gandalf y Denethor se enzarzan en un desigual duelo dialéctico al que asisten, como niños escondidos tras una cortina, el resto de la ciudad, el público, sabiendo que lo que allí se decida decantará la contienda. Y así arranca «Run Like Hell», con Grond batiendo las puertas de la Ciudad Blanca una, dos, tres veces, hasta que la madera cruje y los orcos y trolls entran en el patio de butacas, y sólo algunos se les oponen. Arriba Denethor ha encendido la pira, y su hijo yace a sus pies. La Locura se burla de él por última vez: «quizás todo esto no sea más que una ilusión», el círculo se cierra, y Gandalf desbanda al demente interior del Senescal, desnuda su pecho y lo postra en el banquillo de los acusados, donde ahora empieza su juicio. La pieza musical es «The Trial», y los

distintos testigos e implicados se van sucediendo: La Locura es el fiscal, y va presentando a sus testigos: Boromir, que le acusa de haberle educado por igual en la fuerza y el orgullo y de no dejarle ser quien él debía ser; Faramir le reprocha no haberle prestado atención, salvo cuando ya estaba muerto; Finduilas le perdona todo, pero ése es un perdón cruel y doloroso. El juez, Gandalf, ya ha escuchado suficiente, y dicta sentencia: el Senescal deberá elegir entre la pira o superar sus fantasmas. Y mientras el verso se repite como un mantra infinito que asciende hasta el techo de la sala, «¡Fuego o perdón, tu decisión!», los distintos personajes de esta obra van subiendo al escenario, las imágenes de los videos anteriores resbalan groseramente por sus caras, Denethor se ve arrinconado entre dos imposibles, y se arroja por propia voluntad al fuego, que crepita más fuerte y aterrador que nunca.

Pero esto no es el final. Las luces se encienden, todos los personajes se congregan en el escenario para el último tema, el casi optimista «Outside The

Wall», donde termina esta comedia trágica y empieza la realidad. Los actores saludan, el público se levanta sin dejar de aplaudir, los actores saludan otra vez, alguno se enjuga una lágrima furtiva del rostro, otros se rascan la cabeza, incómodos pero contentos, a todos les brillan los ojos. Y el público continúa aplaudiendo hasta después de que el último de ellos haya abandonado el escenario...

Cuando volvimos a reunirnos en los camerinos, las risas y la energía desplegada contradecían el drama que habíamos escenificado unos instantes antes. Luego vino la última sorpresa, quizás lo mejor del día. En el hall del teatro continuaba la mayoría del público, esperándonos para repartir abrazos, felicitaciones, palabras e ideas que no olvidaremos. Personas alejadas del mundo Tolkien nos describieron su interés por leerse aquel libro maravilloso; los responsables de la ONG nos dijeron que no esperaban algo tan especial; personas conocedoras de la cultura valenciana nos felicitaron por algo que había sido un descubrimiento para todos ellos. Aquella improvisada recepción amistosa duró bastante tiempo, hasta que poco a poco el público fue abandonando el recinto y quedamos con la ingrata tarea de desmontar el equipo técnico. Pero mientras continuábamos trabajando, no estábamos tristes.

Ese día, 16 de enero de 2011, cumplimos un sueño. Un capítulo más de ese Sueño de Tolkien que nos lleva a vivir con otras personas EstelCones, Merith, ciclos





de conferencias y, por qué no, musicales. A menudo me pregunto si merece la pena realizar este tipo de montajes musicales. Nosotros mismos elevamos el nivel de exigencia y un evento, siempre, debe superar al anterior, 'ésa es la premisa. Y claro, no somos profesionales, nuestro tiempo libre (y nuestro talento) es limitado, así que creemos haber apurado el verdadero límite de nuestras capacidades. Pero ese día, esa noche mágica y eterna cumplimos nuestras aspiraciones. Y así este sueño termina, y sin embargo sigue viviendo entre nosotros.

Quedan por comentar dos postdatas recientes. La primera de ellas nos lleva al

pasado 29 de marzo, casi dos años después de nuestro paseo por el río que inició el musical. Miriam y yo asistimos esa noche a una escala de la gira mundial de *The Wall*, con la que el creador original Roger Waters recaló en Barcelona. Fue un espectacular punto final de otro viaje por el que nos ha llevado el amor por la obra de nuestro querido Profesor de Oxford.

La última postdata es más triste. Hace dos días, el 8 de abril, nuestro perro Grendel nos fue arrebatado por un Beowulf cruel y terco en forma de cáncer. Él fue la excusa que nos sirvió para arrancar este proyecto, y mientras terminaba este artículo ha sobrevenido

también su fin. Como dije unas líneas más arriba, hay sueños que terminan, pero que siguen viviendo entre nosotros. Algún escritor al que todos conocemos nos habló de la aplicabilidad de las historias. Imagino que cada uno de vosotros puede también encontrar algo nuevo en algo viejo.

La Pira de Denethor en cifras

80	minutos de espectáculo
12	canciones
9	escenas dialogadas
16	actores
6	músicos
3	miembros del equipo técnico
3	representaciones
400	espectadores en total
2005	euros recaudados para «Familias Sin Fronteras por la Infancia»
4	meses para la escritura de letras y libreto dramático
12	meses para la grabación de música y video
3	meses de ensayos
... y 1 smial para todo esto	



Entrevista a Antonio Penadés



Santiago Álvarez Muñoz «Narnaron Lassedhel»

1. Hola, Antonio, cuéntenos un poco sobre la ONG «Familias sin fronteras por la infancia».

Su origen se encuentra en la colaboración de un conjunto de familias preocupadas por la situación educativa y sanitaria de los niños del Tercer Mundo. Todo lo que recaudamos a través de la central en Barcelona o de las delegaciones se destina de forma íntegra (sin sueldos ni gastos fijos) a proyectos de desarrollo llevados a cabo de forma reglada por organizaciones de Haití y de distintos países africanos.

2. ¿Cómo surgió la colaboración con la STE? ¿Conocías a la STE antes?

Conocía la STE a través de un buen amigo, Santiago Álvarez, que es el alma del musical. Fue él quien me ofreció de un modo totalmente altruista la celebración del evento y nosotros no tuvimos más que ayudar a divulgar el acto y recoger el dinero recaudado para dirigirlo a su destino.

3. ¿Habéis realizado este tipo de colaboraciones con otras asociaciones?

Cuando creamos la delegación de Valencia, hace tan sólo unos meses, celebramos el acto de inauguración en el patio gótico del Museo L'Iber. La colaboración de esta institución fue muy provechosa, pues conseguimos convocar a unas 300 personas, muchas de las cuales realizaron aportaciones a la ONG.

4. ¿Cuál ha sido el resultado de esta colaboración con la STE?

La sala Carolina se llenó hasta los topes para presenciar el musical, así que conseguimos 2.005 euros netos (tras el pago por el alquiler de la sala) y varios apadrinamientos de niños haitianos.

5. ¿A qué se va a destinar lo recaudado en este acto?

Mediante la fórmula del apadrinamiento, las aportaciones periódicas sirven para costear la educación de un niño o niña en particular,





existiendo una comunicación periódica y una constancia de sus progresos académicos. En cuanto al dinero recaudado, éste se envió íntegramente a Margarete Saint-Flair, la directora de varios orfanatos y escuelas de primaria en Haití, para contribuir a su reconstrucción. Yo mismo estuve en Puerto Príncipe antes del terremoto y pude comprobar la magnífica labor que desempeña esa haitiana llena de vitalidad y de ganas por dar oportunidades a los jóvenes. Me impresionó sobre todo su convicción en que su país tiene solución y que la educación es la clave para escapar de la espiral de pobreza.

6. Si quieres, aprovecha para saludar a los socios de la STE.

Bueno, pues les saludo y les felicito por la pasión que les une y por la labor que desempeñan. No me cabe duda de que si la literatura ocupara un lugar más relevante en nuestras sociedades, el mundo en que vivimos sería bastante mejor. Agradezco a la STE la ayuda prestada a nuestra organización y animo a sus socios a visitar la web www.porlainfancia.com



La Pira de Denethor: el musical

